 Tiempo de lectura: 7 min.

En la vida de un misionero salesiano, la misión raramente nace de un proyecto construido en un despacho. A menudo toma forma a través de una llamada, una obediencia acogida, una partida inesperada. Así es en el camino de don Anthony Fernandes: nacido en Kenia de familia originaria de Goa, formado en la India, enviado después a África y a Europa. De Tanzania a Nairobi, de Glasgow a Bollington, cada etapa ha sido un servicio a la Iglesia, a los jóvenes, a la formación salesiana y a las comunidades encomendadas. No es una historia centrada en los propios logros, sino en el fruto nacido de la disponibilidad a dejarse enviar. Porque, cuando la obediencia se vive con fe, se convierte en semilla de futuro para muchos.

Cuando miro el camino de mi vida salesiana, no creo poder contarlo como una serie de decisiones personales bien programadas. Más bien, lo reconozco como una historia guiada por la Providencia, a través de encuentros, obediencias, destinos inesperados y responsabilidades asumidas poco a poco. En diferentes momentos se me pidió dejar lo que conocía, empezar algo nuevo, servir donde había necesidad. Cada vez intenté simplemente decir mi sí.

Nací en Nairobi, Kenia, en 1946. Mis padres, Ambrose y Maria, eran originarios de Goa, en la India, y en los años cuarenta se habían establecido en Kenia, donde nacieron sus tres hijos. Mi vida lleva, por tanto, desde el principio la marca de varias tierras y culturas: África oriental, donde nací y crecí, y Goa, tierra de mis raíces familiares. Solo más tarde comprendí cuánto me ayudaría esta experiencia a acoger la misión salesiana en lugares diferentes, sin sentirme atado a un solo entorno o a una sola cultura.

En 1964 terminé los estudios superiores en la Dr Ribeiro Goan School de Nairobi. Poco después mi padre llevó a la familia a Goa, también para venerar en Goa Vieja las reliquias de san Francisco Javier, expuestas a la veneración pública. En enero de 1965, durante un viaje a la India, visitamos también el Santuario de la Virgen de

Don Bosco en Bombay. Fue allí donde mi camino tomó una dirección diferente a la imaginada hasta entonces.

Después de la misa de la mañana, fuimos recibidos por don Aurelio Maschio, entonces director del Santuario. Mi padre le ofreció un donativo para el mantenimiento de un seminarista. Don Maschio lo apartó delicadamente sobre la mesa y, mirándonos a los hijos, preguntó a mis padres si no habían pensado en ofrecer a uno de nosotros al sacerdocio. Aquella pregunta sencilla y directa se me quedó en el corazón. En aquel momento se sembró la semilla de mi vocación salesiana.

No era el proyecto que mi padre había pensado para mí. Probablemente, al volver a Nairobi, esperaba que encontrara un trabajo. En cambio, se abrió otro camino. Se me permitió entrar en la Escuela Apostólica Don Bosco en Lonavala, con la condición de que un tío residente en Bombay aceptara ser mi tutor. Así comencé la formación salesiana: en 1968 emití la primera profesión y en diciembre de 1977 fui ordenado sacerdote precisamente en el Santuario de la Virgen de Don Bosco en Bombay, allí donde mi vocación había recibido el primer impulso.

La primera obediencia, justo después de la ordenación, me llevó al nuevo Noviciado de la Inspectoría de Bombay, en Nashik. Era 1978 y se me pidió servir al primer grupo de novicios. Fue un comienzo muy significativo: mi vida sacerdotal no empezaba con un cargo elegido por mí, sino con un servicio a la formación de otros jóvenes salesianos. Me encontré acompañando los primeros pasos de quienes deseaban seguir a Don Bosco. También esto me ayudó a comprender que toda vocación crece cuando está sostenida por una comunidad y por educadores disponibles.

Poco después llegó una segunda llamada. En 1979 el Rector Mayor, don Egidio Viganò, pidió voluntarios para el «Proyecto África». Respondí a aquella invitación y fui enviado a Tanzania. No fui destinado a Kenia, aunque había nacido allí, porque la

misión pedía ir no hacia lo que era más familiar, sino hacia lo que encomendaba la obediencia.

La parroquia de Mafinga, en las tierras altas del sur de Tanzania, se convirtió en mi nuevo hogar. La misión allí tenía el rostro sencillo de la gente, de los pueblos, de las celebraciones, de los viajes de fin de semana para encontrar a las comunidades cristianas. Durante la semana se me pidió también enseñar en el Seminario diocesano de Iringa. Así, el servicio se desarrollaba en dos frentes: por un lado, la vida pastoral con el pueblo; por otro, la formación de los futuros sacerdotes. Eran actividades diferentes, pero unidas por el mismo deseo: servir al crecimiento de la Iglesia local.

Cuando los salesianos fueron invitados a asumir el Centro Juvenil Católico en Dar es Salaam, recibí un nuevo encargo como capellán de la Archidiócesis, entonces guiada por el cardenal Laurean Rugambwa. En aquel periodo trabajé con los Jóvenes Estudiantes Cristianos en los institutos y en las universidades. Fue una experiencia importante, porque me puso en contacto con jóvenes llamados a vivir la fe dentro del mundo del estudio, de la cultura y de las responsabilidades futuras. También allí la tarea no era construir algo a mi alrededor, sino ayudar a los jóvenes a descubrir su presencia cristiana en la sociedad.

Más adelante, cuando África Oriental se convirtió en Delegación de la Inspectoría de Bombay, se me pidió asumir la responsabilidad de ecónomo y trasladarme a la Casa inspectorial en Nairobi. Al principio podía parecer un encargo menos directamente pastoral. Con el tiempo, sin embargo, comprendí que también la administración, si se vive como servicio, puede llegar a ser profundamente misionera.

En aquellos años, gracias a la ayuda de la Inspectoría de Bombay, del Rector Mayor, de los bienhechores, de los laicos cercanos a nuestras comunidades y de tantos amigos de la misión, fue posible dar consistencia a algunas estructuras fundamentales para la formación salesiana en Tanzania y en Kenia: el prenoviciado,

el noviciado, el estudiantado filosófico y el teológico. En Nairobi surgió también el Santuario de María Auxiliadora. No considero estas obras como un logro personal, sino como el fruto de muchas obediencias, de mucha colaboración y de una gran confianza en la Providencia. Hoy esas estructuras siguen sirviendo a la formación de los jóvenes salesianos locales y son parte del crecimiento del carisma de Don Bosco en África oriental.

En los primeros años de la misión no siempre teníamos todos los instrumentos, las cualificaciones o las seguridades que hoy parecerían necesarias. Teníamos, sin embargo, una fuerte formación salesiana, el espíritu de familia, la disponibilidad para el trabajo y la confianza en que el Señor abriría el camino. Servíamos en las casas de formación, en los centros juveniles, en las escuelas técnicas, en las parroquias y en las nuevas presencias donde los obispos locales pedían la colaboración de los salesianos. Se avanzaba paso a paso, a menudo con pocos medios, pero con el deseo de echar raíces.

De 1996 a 2005 fui director del Santuario de María Auxiliadora en Upper Hill, Nairobi. También este encargo me permitió colaborar más de cerca con la Iglesia local. Fui nombrado presidente del Senado de la Archidiócesis de Nairobi y miembro del Consejo Pastoral Archidiocesano. Para mí fue sobre todo un signo de la confianza que la Iglesia local tenía hacia la presencia salesiana y hacia el servicio realizado en aquellos años.

Después de casi treinta años en la Inspectoría de África Este, sentí que podía abrirse una nueva etapa. Cuando se lanzó el «Proyecto Europa», di mi disponibilidad. En 2009 fui enviado a la Inspectoría de Gran Bretaña, para colaborar en una parroquia en la zona este de Glasgow, en Escocia. Era un entorno muy diferente a aquellos en los que había vivido antes: una zona pobre, marcada por dificultades sociales y por un contexto religioso muy distinto al africano.

También allí tuve que aprender. La misión no consistía en repetir lo que había

hecho en otros lugares, sino en escuchar, comprender, adaptarme, amar a aquella gente tal como era. Las personas resultaron ser muy amables y cariñosas. Tuve que acostumbrarme al acento de Glasgow, pero sobre todo aprendí una vez más que el amor de Dios no tiene fronteras y que cada pueblo evangeliza también al misionero que es enviado a servirlo.

En 2011 fui destinado a la Savio House, en Bollington, en el noroeste de Inglaterra. Allí permanecí nueve años, trabajando con los voluntarios en la animación de los retiros para los jóvenes. Fue una experiencia muy salesiana. Los jóvenes que llegaban para los retiros traían preguntas, fragilidades, deseos, a veces también distancia de la fe; pero traían sobre todo una gran posibilidad de bien. En un contexto secularizado, el carisma de Don Bosco me pareció una vez más actual: crear un ambiente acogedor, ofrecer escucha, proponer experiencias de fe, acompañar sin forzar.

En 2020 fui llamado a asumir la tarea de ecónomo inspectorial. También esta obediencia fue un servicio a la misión, porque las obras educativas y pastorales necesitan ser sostenidas con responsabilidad, orden y atención. Terminado aquel mandato, se me confió el encargo de Delegado Inspectorial para la Animación Misionera.

En este servicio intento hoy recoger lo que he recibido en las diferentes etapas de mi vida: la formación en la India, la misión en África, el servicio en Europa, el trabajo con los jóvenes, las responsabilidades comunitarias e inspectoriales. A través del Rua Link, que desempeña un papel de comunicación dentro de la Inspectoría, intento dar a conocer a la Familia Salesiana las noticias, los recursos y las propuestas ofrecidas por el Sector Misiones de Roma. Además, estoy acompañando la animación de los Consejos Pastorales de nuestras parroquias, en sintonía con el tema de la Jornada Misionera Salesiana 2026: «Corazones abiertos, Misión viva».

Repensando en el camino recorrido, veo tres grandes llamadas: la vocación salesiana nacida en el Santuario de la Virgen de Don Bosco en Bombay; el Proyecto África, que me llevó a Tanzania y Kenia; el Proyecto Europa, que me condujo a Escocia e Inglaterra. En cada una de estas etapas, la obediencia me ha pedido partir, cambiar, asumir responsabilidades nuevas. No siempre estaba claro desde el principio qué fruto nacería. Pero el Señor ha hecho crecer el bien a través de muchas personas, muchas comunidades y muchos colaboradores.

Por eso, si tengo que resumir mi vida misionera, no la contaría como la historia de lo que he hecho, sino como la historia de lo que he recibido y he intentado servir. He sido llamado, enviado y comprometido. He aprendido que la misión no es elegir el lugar más adecuado para uno mismo, sino acoger el lugar y la tarea que se encomiendan. Y he visto que, cuando una obediencia se acepta con fe, puede convertirse en semilla de futuro para muchos.

don Anthony Fernandes, sdb